

Escuela de EGB N° 68  
Av. Julio Argentino Roca 137 – Te: (02902)421-657  
Río Turbio–Santa Cruz

Responsable de la experiencia:

Prof. Mariana Alaniz

DNI 22236710

Te: (02902)421-821

Correo electrónico: [malynaia@yahoo.es](mailto:malynaia@yahoo.es)

Título del Relato:

**¿Kien se ha robado mi “Q”? Una experiencia “5ncluir”**

Autora: Prof. Mariana Laura Alaniz

Cargo: Maestra de año

Ciclo Lectivo: Año 2005

## ¿Kien se ha robado mi “Q”? Una experiencia “5ncluir”.

Cuando me compré el celular mi hija me escribió un mensaje que veo en la pantalla cada vez que lo miro: “MAMI TKM”.

Sus mensajes son:

“me fue maso!!!” (Me fue más o menos),

“dsp t llamo” (después te llamo)

“psame a buskr a ksa de abu” (pasame a buscar a casa de la abuela)

¡Y lo más gracioso es que le entiendo! Y le contesto en el mismo código... que aprendí con ella. Me enseñó a usarlo, igual que el chat. Me explicó: “ma, escribí de a poco y mandá; seguí otro poco y mandá. ¡No! ¡No le pongás los acentos! ¡No, las mayúsculas tampoco, que tardás mucho y el otro se aburre; tiene que ser rápido, como cuando hablás!” Y a mí me cuesta aprender, o mejor dicho, lo que me cuesta es ir contra lo que ya sé. Porque además esto que sucede por la tarde va en contra de lo que hago por la mañana: “Chicos, ¿cómo van a escribir así?!” “Tienen que revisar lo que escriben...”, “¡...y lo están copiando del pizarrón!”, “Si es un sustantivo propio, ¿cómo se escribe?”. Y entonces surgen las preguntas, las dudas, los replanteos ante las formas de utilizar el idioma y me dan vuelta en la cabeza esas frases que no recuerdo si escuché o leí “...el castellano es una lengua viva...”, “...el correo electrónico, el chat, los mensajes de texto que utilizan los adolescentes están matando al idioma...”, “¿Para qué aprender ortografía? ¿Para qué enseñarla?”, etc....

Si bien se ha difundido la norma del “igual se entiende”, y aunque uno tarda un poco más en entender cada palabra plasmada en ese mensaje, es posible hacerlo debido a que viene acompañada por un contexto comunicativo que le da sentido. Por supuesto, no sería lo mismo si analizáramos cada palabra en forma aislada, como estamos acostumbrados a hacer en la escuela. Entonces surgen las preguntas, que cada vez son más difíciles de responder. Porque si la escritura es un sistema capaz de servirle al individuo para comunicarse por un medio perdurable (a diferencia de la comunicación oral que podríamos llamar “efímera”) o a la distancia, y que para que sea esto viable el receptor debe ser capaz de recibir el mensaje porque ambos deben manejar el mismo código, entonces estoy de acuerdo con García Márquez cuando afirma que “la lengua española debe prepararse para un oficio grande en ese porvenir sin fronteras.” (...) “...simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por

simplificarnos a nosotros”. Si esto significa que deformamos el idioma, que lo estamos “matando”, ¿no será hora de que esta lengua que está viva se libere de sus históricas ataduras normativas y que sólo sobrevivan aquellas que realmente tienen sentido, sobre todo si tenemos en cuenta la producción constructiva que observamos en el aprendizaje de nuestros alumnos?

Las opiniones son muy diversas con respecto a la funcionalidad de la ortografía. Si bien es cierto que la utilización de las normas ortográficas ayuda a la comunicación, creo que de ninguna manera su desconocimiento la impide. Esto, dicho por una docente, que además enseña Lengua, puede ser considerado ¡una barbaridad!. Sin embargo, creo que es posible afirmar que en esta época de múltiples formas de comunicación, la escrita es cada vez más utilizada, sobre todo con el desarrollo y la utilización masiva de *La Red*. Aunque no sea la comunicación más *culta, elegante*, o no respete los códigos comunes que la gran mayoría de los hispanohablantes empleamos, es indiscutible que para hacer uso de esta tecnología es preciso saber leer y escribir, al menos estar mínimamente alfabetizado. En el uso del correo electrónico, por ejemplo, en el chat, quienes hacen uso de él se limitan a expresar mensajes rápidos, sin revisión, sin puntuación, casi sin pensar. El objetivo es comunicarse con el otro. Y lo logran.

Partiendo de esta idea también deberíamos pensar que a partir de esta forma de comunicación, los adolescentes y adultos, nos hemos volcado masivamente a escribir, a comunicar lo que nos pasa y quiénes somos, a conocer gente de distintas latitudes del mundo; nos animamos a aprender cómo se usa esta nueva tecnología, sobre todo en un lugar como Río Turbio, pegado a la Cordillera, más cerca de una ciudad de Chile que de una Argentina (en el extremo sudoeste de la provincia de Santa Cruz). En este punto de la geografía del país hemos sufrido por años la incomunicación, la falta de noticias, la inconexión con amigos y familiares que quedaron lejos, en diferentes puntos de esta inmensa Argentina. Y ahora que la tecnología nos comunica y nos “conecta”, nos preguntamos entonces... ¿qué hacemos en la escuela?, y sobre todo... ¿cómo trabajamos con nuestros alumnos para que logren ese contenido tan “esencial” para permanecer y avanzar con la frente alta por el sistema educativo? Incluso casi solamente dentro de él, ya que en ocasiones uno se cuestiona para qué tanto esfuerzo si de todas maneras la flexibilidad llega a más ámbitos y hasta niveles que uno ni siquiera hubiera imaginado: libros con errores, carteles publicitarios, hasta diccionarios, y ni que hablar de los diarios y revistas, o la misma televisión o las publicaciones de Internet.

Ante esta realidad, ¿cómo convencemos a nuestros incrédulos estudiantes de que la buena ortografía es muestra de respeto por el lector, que facilita la comunicación, que permite conservar el idioma, y en ese caso, ¿qué aspectos deben ser conservados y con qué fin?

Por supuesto, sería una tarea bastante compleja, para un docente, tratar de encontrar respuestas a muchas de estas preguntas. Sin embargo, hay aspectos sobre los que podemos reflexionar y, en todo caso, tratar de pensar la mejor manera de afrontar esta realidad que nos toca.

Planteos como estos me llevaron, junto a una amiga y colega, Andrea, a poner manos a la obra y empezar a buscar algunas respuestas. Ambas tenemos 12 años de antigüedad en la docencia (además de ser amigas, compartimos el interés por aprender, somos compañeras de Tesis en la Licenciatura en Educación Básica que cursamos en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral). En un primer momento recurrimos a los diferentes autores que hablan acerca de la enseñanza de la ortografía. Luego tratamos de diseminar esta inquietud en las escuelas en las que nos desempeñamos. Andrea, en una escuela de EGB subvencionada por el Estado provincial, de la que es Vicedirectora en el 3º Ciclo, y yo, en una EGB pública -también dependiente de la provincia- en la que me desempeño como maestra de Lengua y Ciencias Sociales en 6º año desde hace varios años.

Así, poco a poco, comenzó a surgir un proyecto de trabajo. Con el apoyo de nuestros colegas y directivos presentamos el proyecto y solicitamos autorización para llevar adelante las actividades previstas a lo largo de un año de trabajo. El proyecto fue aprobado por las Supervisoras Pedagógicas de ambas escuelas y comenzó a desarrollarse a mediados de abril del año 2003.

La idea inicial, básicamente, fue propiciar un espacio de reflexión entre los docentes, como paso inicial para lograr una concientización ortográfica. De esta manera quisimos encontrar nuevas estrategias para afrontar, entre todos y de forma institucional, la enseñanza de la ortografía. Estrategias que nos permitan optimizar resultados, dado que hasta el momento no logramos que nuestros alumnos escriban respetando las convenciones de la lengua escrita. Pasamos años enseñando reglas, haciendo que los alumnos llenen carpetas con ejercicios, realizamos correcciones y todo sigue igual, cada vez que esas reglas deben aplicarse se observan los mismos resultados...

Este proyecto está lejos de haber concluido, y seguramente surgirán, con su desarrollo, más preguntas que respuestas, pero si de algo sirve el intento, seguro será para pasar por la conciencia un tema que está suspendido en la atmósfera de las escuelas, pero al que no se da el espacio para buscar alternativas, y se siguen repitiendo recetas que, aunque admitimos obsoletas e ineficaces, nos tranquilizan, porque son las mismas estrategias con las que nuestros maestros nos enseñaron a

nosotros, a nuestros padres, a los padres de nuestros alumnos, y son las que conocemos y nos dan seguridad.

Uno de los primeros pasos, cuando comenzamos a hablar con los directivos de nuestras respectivas escuelas, fue generar la convicción de que este proyecto debía ser abordado institucionalmente para permitirnos avanzar en un mismo rumbo. En segundo lugar, fue la propuesta de realizar encuentros con modalidad de Taller, en los que se realizaría la lectura previa de bibliografía de base con el fin de acordar, mínimamente, una idea de cuál sería el enfoque desde el cual trabajaríamos en las jornadas que se habían previsto. De esta manera se esperaba compartir el contenido ortográfico con los docentes que no tienen formación específica en el área. Si bien la idea era apropiarse de un conocimiento común, éramos conscientes de que tal vez esta lectura traería más confusión que claridad, sobre todo por lo específico de la bibliografía y por la disparidad de formación en el equipo docente de cada escuela.

Lo que voy a contar a continuación tiene que ver con lo que sucedió con esta experiencia en la escuela en la que trabajo. Lo primero que se hizo al comenzar el primer Taller fue comentar la bibliografía (C. Matteoda, Vazquez de Aprá, A. Gomes de Morais, D. Cassany, H. Salgado) y entre todos tratar de aclarar las dudas. De esta manera comenzamos a socializar los pormenores de la experiencia pedagógica asociada a la ortografía (a través de la oralización de experiencias escolares personales), tanto en lo que respecta a las exigencias que pudiéramos tener con nuestros alumnos, como la propia experiencia del aprendizaje ortográfico.

Algo que me resultó interesante fue que la mayoría compartía experiencias similares en cuanto a las actividades vivenciadas en su etapa escolar respecto del aprendizaje de la ortografía. Todos recordábamos la enseñanza de las reglas ortográficas, los textos atiborrados de palabras con la letra o grupo consonántico que acabábamos de aprender, las páginas con repeticiones de una palabra mal escrita que debíamos escribir correctamente hasta el cansancio para “reforzarla”, los dictados de palabras, y así se fueron sucediendo una a una las estrategias utilizadas por nuestros maestros, y por supuesto, los comentarios “¿te acordás de ‘fulanita’, la cantidad de veces que nos hacía repetir la palabra en el cuaderno...?”, “esos dictados eran interminables, me llegaba a doler la mano”, “Sí, era dura, ¡pero cómo aprendimos, no?!”, “¿te acordás como pronunciaba las “ll”, las “b/v” en el dictado?”. Y así, entre anécdotas y risas, se fueron sucediendo las historias. Esta me resultó muy llamativa, sobre todo teniendo en cuenta que la franja etaria de los docentes involucrados iba desde los 22 a casi los 60 años. Y eso no es todo... cuando comenzamos a contar cuáles eran las estrategias que empleábamos para enseñar y afianzar el conocimiento ortográfico, nos encontramos con que... ¡las estrategias son

las mismas! Uno podría preguntarse, a esta altura, si antes estas estrategias dieron cierto resultado, ¿por qué ahora no es así?, ¿tendrá que ver la lectura con esto?, ¿tendrá que ver con lo “estructurada” que era antes la escuela y que ahora es más “flexible”?, ¿son entonces las mixturas de estrategias, la tendencia a la *constante innovación* la que ha generado que las dificultades para el aprendizaje o la enseñanza de la ortografía haya sufrido un golpe tan duro?, ¿o es tal vez esta nueva forma de comunicación, cada vez más mediatizada, la que no deja tiempo para la revisión, la que exige inmediatez en la comunicación, lo que está jugando en contra de su aprendizaje?

En este primer Taller también se analizaron los tipos de errores que cometen los alumnos de cada año, desde 1º a 9º, de los cuales se observan errores de sustitución de letras (por ej: v por b, j por g, etc.), errores de omisión (por ej: palabras sin h, una r en lugar de rr, etc.), falta de puntuación, omisión de mayúsculas, incluso mezcla de tipos de letras (imprenta mayúscula y minúscula). Comenzamos a preguntarnos sobre los *porqués* de esos errores y a analizar “¿qué es lo que no estamos haciendo bien?”. Me di cuenta de que compartimos los mismos interrogantes que yo me planteaba al principio, y logramos encontrar algunas respuestas en la bibliografía que habíamos leído.

A partir de allí, se plantearon estrategias alternativas para el abordaje de la enseñanza ortográfica tomando como ejes centrales la concientización, la enseñanza y la corrección. Y se acordaron formas de evaluación comunes para cada ciclo de la EGB, como por ejemplo en el 3º Ciclo, que se acordó descontar puntos en las evaluaciones por palabras que tuvieran errores (algo que se venía haciendo en algunas áreas), pero sólo en los casos en que las reglas hubieran sido vistas. Esto significó un cambio importante, dado que antes cada profesor tenía criterios diferentes; algunos no calificaban los errores de ortografía, otros descontaban hasta un punto cada 4 errores, algunos consideraban la omisión de tildes como errores, otros no, etc. Como se podrá advertir, la disparidad de criterios e incluso los criterios a tener en cuenta son muchos, y esto dificulta el tratamiento de este tema. Considero que las discusiones y las ideas que se plantearon durante esta jornada fueron sumamente enriquecedoras. Generó grandes y acaloradas discusiones, lo que deja entrever que las pasiones se desatan ante una temática que se presenta sutilmente inocente, y hasta indiferente para algunos. Este espacio cumplió con sus objetivos básicos: lograr despertar la conciencia ortográfica en los docentes, por un lado, y reflexionar sobre las estrategias de enseñanza de la ortografía, por el otro.

Hubo una segunda parte en este Taller, en realidad un segundo encuentro, que estuvo centrado en revisar los contenidos ortográficos de cada año y de cada ciclo para reacomodarlos y secuenciarlos teniendo una visión, tal vez, un poco más abierta. Se acordaron criterios de selección de contenidos de acuerdo al grado de dificultad que presentan para la comprensión del alumno, más que

la secuenciación que suelen presentar las distintas editoriales que se emplean en la escuela, como se venía haciendo hasta el momento. Este cambio obedece, principalmente, a que cada editorial adopta un criterio diferente para la secuenciación de contenidos, además de realizar cortes arbitrarios de cada tema, lo que dificulta la posibilidad de llevar adelante un proceso organizado de enseñanza de los contenidos ortográficos. Si bien fue bastante difícil conseguir acordar qué contenidos debían verse en cada año, cuáles debían retomarse cada año y de qué manera se iría secuenciando su enseñanza (en el caso de la tildación, por ejemplo), se estableció una grilla de contenidos que sería considerada de “contenidos ortográficos mínimos” para cada año. De esta manera se da la libertad suficiente a cada docente para realizar el afianzamiento de otros contenidos, de acuerdo a las necesidades de los alumnos, o la posibilidad de incorporar otros que se consideraran oportunos.

Como todas estas actividades fueron llevadas a cabo ya iniciado el ciclo lectivo y los tiempos se fueron dilatando, las planificaciones ya estaban presentadas y nadie tenía intención de comenzar todo de nuevo, se acordó que ese año se avanzaría teniendo en cuenta todo lo que fuera posible a lo largo del año. Se asumió el compromiso de que al año siguiente se iniciaría el ciclo lectivo trabajando este aspecto de manera integral. Por supuesto, esto no fue así. Si bien “refrescamos” nuestra memoria ni bien volvimos a la tarea; si bien se plasmó en las planificaciones de cada docente un listado con todos los acuerdos previos y los directivos se mantuvieron en el compromiso de realizar el seguimiento de las actividades que se irían desarrollando, el año 2004 pasó sin más, y en un abrir y cerrar de ojos, nos dimos cuenta de que se había terminado. Claro que, tal vez sea momento de aclarar que la escuela no es una isla, por lo tanto, y como institución atravesada por infinidad de factores y problemáticas del contexto, no puede menos que acomodar su ritmo a las necesidades más urgentes. Considero importante realizar esta aclaración, porque nuestra población sufrió uno de los golpes más duros de su historia cuando, una noche que duró semanas, se produjo la tragedia que terminó con la vida de catorce mineros (trabajadores de la mina de carbón que da sustento al pueblo). De ellos, muchos eran padres, hermanos, tíos y abuelos de los alumnos de mi escuela. A partir de allí todo el accionar de la escuela se apagó junto con el pueblo. Todo cobró un ritmo más lento, sin las mismas energías que al comienzo, y ya no volvimos a discutir cuestiones relacionadas al tema.

Este año, poco a poco fuimos recobrando las fuerzas y comenzamos a trabajar retomando la discusión ortográfica. Se hizo una revisión de los contenidos ortográficos seleccionados y se advirtió que el trabajo que se está llevando a cabo a veces no alcanza los resultados esperados; los alumnos no sólo cometen errores ortográficos, sino que ¡en un mismo párrafo pueden escribir la misma palabra

de dos formas diferentes, y hasta de tres formas! Lo más llamativo es que, si lo releen, se dan cuenta de “con qué letra va”.

Seguramente son muchos los factores que influyen para que esto sea así. Sin embargo, estoy segura de que aunque los primeros pasos sean pequeños y veamos las metas muy lejanas en el tiempo, estamos avanzando hacia una mayor conciencia ortográfica con paso seguro. Además, si bien todos sabemos que, casi clandestinamente (por miedo a que nos tilden de “tradicionales”), seguimos recurriendo a las antiguas estrategias que nos dan seguridad, seguimos pensando en modificar estrategias y probar nuevas alternativas en el trabajo áulico, porque los cambios son paulatinos; necesitamos sufrir ese proceso que podríamos llamar “de acomodación”.

Ahora bien, retomando las premisas con las que comencé este relato, quiero dejar en claro que si bien la vorágine del día a día en las escuelas, sumado a la inmediatez de los resultados socialmente esperados, nos hace pensar que perdemos lentamente la batalla frente al torrente de información circulante en La Red, debido a la desesperada rapidez con que se espera cada respuesta, no podemos menos que estar alertas para que estas situaciones no se tornen naturales. Nada de todo esto es natural, no es obsoleta nuestra función, ni está *demodé* escribir correctamente sólo porque la mayoría se maneja de otra manera. Porque el dominio de la palabra da poder, y el dominio de la palabra escrita más aún. Nos permite organizar el pensamiento, nos ordena las ideas, las reinventa, y las inmortaliza.

Por eso, no claudiquemos entonces en la tarea. Sigamos intentando armar a nuestros alumnos con las armas más sanas y más temibles, para que no sea tan sólo una cuestión de rápida comunicación, sino de *buena comunicación*, con sentido, con contenido, con posibilidades de crecimiento y posibilidades de desarrollo. Considero que para que esto sea factible debe arraigarse en cada docente la convicción de los objetivos que pretende alcanzar y avanzar con paso seguro.

(¡Uy! Perdón, tengo que terminar aquí.... tengo que contestar un mensaje de mi hija:

“Mamá, pásame a buscar, estoy en la casa de la abuela. Te espero, un besito.” ¿o estaré soñando?).